



**Wilma y Georg Iggers**

# **DOS CARAS DE LA HISTORIA**

**Memoria vital de tiempos agitados**

**PUV**





## DOS CARAS DE LA HISTORIA



# DOS CARAS DE LA HISTORIA

Memoria vital de tiempos agitados

*Wilma y Georg Iggers*

Traducción de  
Elisa Renau

Universitat de València

*Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso de la editorial.*

Título original: *Zwei Seiten der Geschichte. Lebensbericht  
aus unruhigen Zeiten*

© Vandenhoeck und Ruprecht in Göttingen, 2002

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2009

© De la traducción: Elisa Renau, 2009

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

[publicacions@uv.es](mailto:publicacions@uv.es)

Fotocomposición y maquetación: Artes Gráficas Soler, S. L.

Diseño de la sobrecubierta: Celso Hernández de la Figuera

Fotografía de la sobrecubierta: Archivo de Wilma y Georg Iggers

Impresión: Artes Gráficas Soler, S. L.

[www.graficas-soler.com](http://www.graficas-soler.com)

ISBN: 978-84-370-7315-6

Depósito legal: V. 5.368 - 2008

# Índice

Prólogo .....	7
De Bohemia a Canadá .....	13
De Hamburgo a Richmond .....	51
Unequal and separate .....	91
Regreso a Europa .....	129
Años agitados en Buffalo .....	149
De América al «otro lado» .....	179
Historiadores y coetáneos .....	213
Literatura bohemia y vida privada .....	263
Dos caras de la historia .....	281
Índice de personas .....	289





# Prólogo

La idea de escribir una autobiografía conjunta fue surgiendo poco a poco. Quien nos animó fue Klaus Bade, director del Institut für Migrationsforschung und Interkulturellen Studien de la Universidad de Osnabrück, que en 1995 nos invitó a que diéramos algunas charlas y publicó nuestras conferencias bajo el título de «Autobiographie im Dialog» en su colección. Ya en 1988, David Gerber, colega de Georg, nos había realizado una larga entrevista acerca de nuestra vida y, también en 1988, apareció en la revista *American Jewish Archive* un breve artículo autobiográfico de Georg. Ese mismo año la revista *Sowi. Sozialwissenschaftliche Informationen* publicó en Alemania una colaboración de Georg, «Eine jüdische Kindheit in Deutschland». En 1994 Georg pronunció una conferencia en su *alma mater*, la University of Richmond, acerca de sus vivencias como fugitivo judío en una universidad baptista en el sur de América a comienzos de los años cuarenta.

Hemos escrito esta autobiografía para nuestros amigos y nuestros hijos y nietos, en la medida en que sean capaces de leer en alemán. Pero al mismo tiempo es un documento de una época que va más allá de las fronteras nacionales, continentales, religiosas e ideológicas y que refleja dos historias vitales que se desarrollan entre judíos y no judíos, entre blancos y negros, y tanto en el este como en el oeste en los tiempos de la guerra fría. Esta obra recorre una trayectoria que va desde nuestras raíces en Centroeuropa, pasando por nuestra integración en América del Norte, nuestro regreso a Europa a comienzos de los años sesenta, cuando Gotinga se convirtió, junto a Buffalo, en nuestra segunda patria, nuestros contactos en la RDA desde 1966 y –en el caso de Wilma– con Bohemia, hasta hoy. Esta obra escrita conjuntamente por un historiador y una estudiosa de la literatura, aspira también a ser, y no en menor medida, una modesta contribución a la historia de las ciencias históricas de los últimos cincuenta años.

Una gran parte del texto se basa en nuestros recuerdos. Cuando éstos nos fallaban, recurriamos a la investigación. Para la época de Hamburgo Georg consultó algunas fuentes del Hamburguer Staatsarchiv y del Institut für Sozialgeschichte, donde se conserva una entrevista bastante larga sobre su infancia. En lo que respecta a la descripción del ambiente judío y de la cultura juvenil en Hamburgo nos resultaron de gran interés las conversaciones y la correspondencia con Miriam Gilles-Carlebach de la Bar Ilan University de Tel Aviv, así como con el primo de Georg, Gershon Levi, en Israel; en Sydney Claire, la tía de Georg, nos proporcionó información sobre la niñez de su madre. En lo que se refiere a la época de Richmond nos resultó muy útil el Archivo de la University of Richmond, y para la de Little Rock, el Archivo de la University of Arkansas, donde Linda Pine nos brindó una valiosa ayuda. En el Philander Smith College de Little Rock conseguimos algunas fotos del tiempo que pasamos allí en los años cincuenta. Hugh Murray, que a comienzos de los años sesenta, cuando era un joven blanco, participó valerosamente en las sentadas contra la segregación racial, nos envió valiosa información sobre el movimiento en pro de los derechos civiles en Nueva Orleans. Hemos de agradecer al Archivo de la Universidad de Buffalo la transcripción de nuestras entrevistas y el descubrimiento de la correspondencia de Georg que ahora se encuentra allí. También conseguimos hacernos con copias de nuestros expedientes del FBI así como con tres informes sobre nosotros del Ministerium für Hoch- und Fachschulwesen de la antigua RDA. Wolfgang Küttler nos hizo llegar amablemente copias de los informes que elaboró para la Akademie für Wissenschaften de la RDA acerca de las visitas que nos hizo en América. Hemos solicitado también nuestros expedientes de la Stasi, pero no los hemos recibido.

Hemos de manifestar nuestro especial agradecimiento a Ulrich Justus que ha supervisado cuidadosamente todo el manuscrito desde el punto de vista estilístico, pero también a muchos amigos y colegas que nos aportaron sus comentarios sobre el texto. Dagmar Friedrich ha revisado bastantes capítulos y nos ha aportado valiosos consejos. Klaus Bade ha leído todos los capítulos. Werner Berthold, Gerald Diesener, Axel Fair-Schulz, Dagmar Friedrich, Fritz Klein, Jürgen Kocka, Wolfgang Küttler, Hans Schleier, Helga Schultz y Rudolf von Thadden han revisado el capítulo sobre la RDA. Jürgen Kocka y Rudolf von Thadden han leído y supervisado también otros capítulos, Myriam Carlebach-Gilles, Phillip Minden, Achim Mittag y Peter Th. Walther han leído el capítulo que trata sobre la infancia de Georg, Achim Mittag y Marianne Ferber, el de la niñez y juventud de

Wilma, y Martin Sabrow el capítulo final. Finalmente queremos dar las gracias a Karl Sievering, el especialista informático del Max-Planck-Institut für Geschichte de Gotinga por la paciencia con la que nos ha ayudado en nuestros constantes problemas técnicos.

WILMA Y GEORG IGGERS

*Buffalo (NY) y Gotinga, julio 2002*



# De Bohemia a Canadá

1921-1948

WILMA

Nací el 23 de marzo de 1921 en el pueblo de Mirschikau, que formaba parte tanto del Böhmerwald como del Egerland; la casa en que nací es la villa que fue construida en 1919 para mis padres en la propiedad arrendada a Trauttmansdorff en Mirschikau. El monograma de mis padres que figuraba en la fachada de la villa indicaba que contaban con un periodo de arrendamiento relativamente prolongado, de 12 a 24 años. Mi hermana Marianne vio la luz cuando aún no habían transcurrido dos años viviendo en ella.

Mi madre Elsa, nacida Ornstein, era oriunda de Waldmünchen, en Baviera, justo al otro lado de la frontera. Sus padres eran judíos bohemios, la abuela, de raigambre más alemana y el abuelo, más checo. Se habían trasladado a Waldmünchen recién casados y no regresaron hasta 1933; a partir de entonces vivieron casi frente a nosotros en Bischofteinitz hasta que todos nos vimos forzados a huir. Mi madre y sus hermanas acudían al único colegio para niñas de Waldmünchen que era dirigido por las monjas. Era tan aplicada en sus estudios que las hermanas aconsejaron a mis abuelos que la dejaran profesar como monja. Mi padre, Karl Abeles, era descendiente de campesinos judíos de Bohemia que se dedicaban a la agricultura en los pueblos del interior del Böhmerwald. Hablaban entre ellos alto alemán, pero en dialecto con los criados y los demás campesinos.

Yo nací en el seno de la «compañía» Abeles y Popper y sólo transcurrido ya mucho tiempo después de la emigración fui consciente de lo realmente extraordinaria que era. Para mí la «compañía» era tan importante como mi hogar. Había surgido mucho tiempo antes de mi época. En 1889 mi abue-

lo Richard Abeles de Hochlibin, junto a Kralowitz, contrajo matrimonio con Mina Popper, de Rejkowitz, un pueblo chodo muy cercano a Taus (Domažlice). La fecha figura en la alianza de matrimonio de mi abuela, que también yo utilizo. Mis abuelos vivían con los padres de mi abuelo en la plaza de Hochlibin. La casa sigue existiendo todavía hoy. Mi abuela Mina escribió a sus padres al poco tiempo de contraer matrimonio que se sentía angustiada y entonces su hermano Pepi Popper tomó una decisión generosa: a pesar de que él era el más acomodado, propuso a su cuñado Richard que formara una «compañía» con él. Todo pertenecería conjuntamente a las dos familias y ambas vivirían de los frutos de la actividad agrícola común. Y así fue. Richard y Mina Abeles se instalaron cerca de los Popper, en Hammerhof, donde nació su primera hija, Olga.

Desde el principio los beneficios se ingresaron en una caja común. Trabajaban y ahorran, y aunque también prestaban ayuda a algunos parientes pobres, no derrochaban ni un solo céntimo. Afortunadamente ambas familias fueron creciendo de forma simétrica: cada una, una hija, que tendría que recibir una dote, y dos hijos varones capaces de hacerse cargo de las granjas de sus padres.

Un poco antes del nacimiento de mi padre en 1896, la «compañía» arrendó la finca Hlas de la ciudad de Bischofteinitz. Allí vieron la luz mi padre y mi tío Leo. Aparte de la granja que incluía algunas viviendas para los trabajadores, en Hlas, que estaba a tres kilómetros de Teinitz, no había más que una casa forestal.

Tras el nacimiento de mi padre, mi abuelo dio fiesta a los trabajadores y les obsequió con un gran barril de cerveza. Recuerdo un «Kaffeeipfl» –algo mayor que una taza–, sobre el que podía leerse: «Para alegría de su padre y dicha de su madre ha cumplido su primer año de vida Karl Abeles». Mi abuela Mina era apreciada por todo el mundo. Tras su muerte, tres de sus nietas, entre ellas yo, y una sobrina, recibimos el nombre de Wilhelmine. Como solía ir con frecuencia a tomar las aguas –a Karlsbad, Meran y otros lugares– su hija Olga fue enviada ya cuando iba al colegio con el tío David y la tía Jeti a Horazdowitz, mientras que mi padre se trasladaba a Praga con diez años, ingresaba en el Altstädter Gymnasium y se quedaba a vivir con el tío Friedl, con quien su hermano Leo había vivido ya cuando iba al colegio. Cuatro años más tarde mi padre comenzó a asistir a la escuela agraria de Kaaden donde acabó el bachillerato. Kaaden es una ciudad que alcanzó una triste celebridad en los años veinte debido a los fatales conflictos que estallaron entre los nacionalistas alemanes y la policía checoslovaca.

Mi padre fue el primero de los cuatro hijos de la «compañía» que se casó. Pasó «de contrabando», es decir, a escondidas, a mi madre por la fron-

tera sin más en el caótico periodo de posguerra. Aproximadamente un año más tarde su primo Hugo Popper contraía matrimonio con Martha, la hermana de mi madre. Casi al mismo tiempo el tío Leo se casaba con Ida Eckstein de Blisowa, un pueblo vecino. El último en contraer matrimonio fue el tío Alois, que se unió a Hedda Eckstein, la hermana de tía Ida. Estos enlaces dieron como resultado nuevamente unas relaciones del todo simétricas: cada una de las cuatro parejas se convertía en responsable de una de las granjas, pero todo pertenecía a todos conjuntamente. En términos generales, las cosas funcionaban bien, a pesar de que era mi padre quien tomaba las decisiones más importantes y de que existían dos bandos no demasiado definidos —el de las hijas de los Ornstein y el de las hijas de los Eckstein. Sin embargo, nos sentíamos unidos.

Todos estos recuerdos son de antes de que yo cumpliera cinco años, antes de que nos mudáramos a Teinitz. La familia aristocrática de los Trauttmansdorff que, además, seguía teniendo muchas propiedades en Bohemia y en Austria, perdió la finca de Mirschikau en el curso de la reforma agraria. Ésta fue a parar a manos de un comerciante checo de carbón que había sido legionario en la Primera Guerra Mundial y que, al parecer, había rendido grandes servicios en pro de la fundación de la república. Como consecuencia se nos arrebató todo lo que poseíamos —ganado, máquinas, etc...— sin indemnización. Por entonces murió también mi abuelo Richard Abeles y mi padre se convirtió en cabeza de la «compañía». Sin embargo, muy pronto conseguimos arrendar la finca Neuhof al príncipe Trauttmansdorff, pero como allí no había ninguna vivienda, nos mudamos a casa del abuelo, en la Bahnhofstrasse 75 de Bischofteinitz que hasta la emigración se convirtió en nuestro hogar.

Por aquel entonces se produjeron muchas expropiaciones por parte del Estado y, así, tanto los arrendatarios como algunos propietarios nobles buscaron a mi padre, que pasaba por ser muy sensato y servicial, para pedirle consejo. Ignoro qué es lo que conseguiría salvar para estas personas. En todo caso, todas ellas se mostraban muy dispuestas a pagarle por sus consejos de modo que en 1931 había conseguido reunir un millón de coronas checoslovacas —suficiente para efectuar un primer pago por la finca Neuhof.

En el curso de los años siguientes se construyó mucho. Primero un granero de grandes dimensiones con un techo abovedado de chapas, luego tres porqueras de paja prensada con cristales azules en las ventanas que evitaban que se acumularan las moscas en los establos. Acudía mucha gente para ver nuestras porqueras. Lo siguiente que se hizo fue construir una vivienda a la que, sin embargo, no nos mudamos de momento posiblemente



porque Neuhof era un lugar muy solitario y no había ninguna escuela en las cercanías. Mis abuelos Orstein y otros parientes nuestros de más edad solían instalarse allí en verano.

La leche de Neuhof era vendida en su mayor parte a los comercios de Pilsen. Para nosotros, Pilsen era «la gran ciudad», allí se reunían mis padres frecuentemente con sus conocidos en el Café Waldek. También nuestro pediatra, el Dr. Vogl, vivía allí. A mi padre y al Dr. Vogl se les ocurrió la idea de pasteurizar la leche, cosa desconocida aún para nosotros, y venderla después en unas bonitas botellas de cristal con una imagen que representaba a una madre con su niño. En Neuhof se producía también yogurt y, asimismo, zumo de manzana.

En nuestra casa de Teinitz Marie Wondrasch cocía pan una vez por semana, trabajaba también en el jardín y ayudaba a hacer la colada. El horno de cocer pan era realmente tan grande que se podría haber introducido en él a Hänsel y Gretel y también a la bruja. En algún momento de los años treinta mi padre decidió aprovechar el cereal en una panadería propia; así pues, un antiguo edificio que había en nuestra granja fue transformado en tahona y se contrató a un panadero, el señor Kitzberger. Era un individuo muy jovial y contribuyó sin duda personalmente a que nuestro pan fuera tan popular. Cuando había cangrejos en el arroyo acudía con frecuencia un anciano con una cesta llena de cangrejos y se llevaba a cambio una pieza de pan.

Uno de los acontecimientos anuales que celebrábamos alegremente con gran antelación era la pesca en uno de los estanques de Hlas. Una vez al año se desaguaba. Unos hombres que calzaban botas hasta la cintura avanzaban por el fango y arrojaban los peces a unos grandes tanques colocados sobre carros. Entonces eran trasladados en unos contenedores —grandes jaulas de madera— al Radbusa que pasa por Teinitz. Allí los cogíamos cuando necesitábamos alguno para comer o para regalar. Eran carpas en su mayor parte, unos pocos lucios y tencas y, de cuando en cuando, también alguna anguila. Todos los viernes por la noche comíamos pescado —posiblemente por los criados, que eran católicos.

En la granja de Teinitz se mataba un cerdo todos los años; se encargaba de ello un carnicero experimentado. No me di cuenta hasta mucho más tarde, cuando conocí a otros judíos bohemios, de que había algo extraño en los cerdos. Naturalmente yo sabía que la carne de cerdo no era kosher, pero no le dábamos ninguna importancia. En un gran caldero colocado sobre una hoguera se cocía la carne de cerdo y el embutido de hígado, sangre y tocino. Una parte de éste era vendida a la gente en la ciudad, el resto era enviado a la cámara de ahumado.

La «fiesta» era la fiesta de santa Anna, siempre en julio. La iglesia de santa Anna estaba situada aproximadamente a un kilómetro de distancia de la ciudad en dirección oeste sobre una colina de poca altura cubierta de grandes árboles frondosos. El camino a la iglesia estaba marcado cada cierta distancia por unas figuras de arenisca desgastadas por la intemperie que representaban el Calvario de Cristo. Junto a un grupo de apóstoles dormidos había un banco situado bajo grandes árboles de ancha copa en el que se podía leer sin ser molestado. Allí recibía yo también clases de conversación en francés de una mujer de Teinitz que había trabajado en París. Pero durante la fiesta de santa Anna no había tranquilidad ni siquiera allí. Miles de personas, algunas con los trajes típicos de sus pueblos, acudían en masa a los pequeños tenderetes que orlaban el camino. Con ocasión de la fiesta de santa Anna los niños recibíamos de nuestros padres y parientes dinero con el que podíamos comprarnos pepinillos en vinagre y miel turca y todas las cosas apetitosas que encontrábamos. La mayor parte de los visitantes tenían que pasar por nuestra casa. Ya unos cuantos días antes habíamos cocido los tradicionales pasteles de semillas de amapola, mermelada de ciruelas y queso. Estaban colocados sobre unas tablas en la «despensa» y en el sótano y se vendían a los visitantes de la feria enteros o cortados en trozos en forma de cuña. Por aquella época nosotros no teníamos casi conciencia de que se trataba de una auténtica peregrinación, a diferencia de muchos católicos alemanes, manifiestamente más devotos que los checos.

Continuamente recibíamos ofertas muy elevadas por nuestro magnífico huerto, pero mis padres nunca se plantearon venderlo. A la izquierda estaban las matas de espárragos, a la derecha las verduras y los fresares. La valla estaba cubierta por lilas y debajo de éstas florecían violetas. Por el centro del huerto discurría un camino de grava a cuyos lados crecían uvas espinas y grosellas. A la izquierda, a mitad de camino, se levantaba la pérgola, con su mesa y sus bancos y paredes hechas de listones de madera entrecruzados a través de los cuales se filtraba el resplandor del sol. El camino y el huerto acababan en un parque formado por árboles frondosos y coníferas bajo los cuales estaba el balancín de cuatro plazas y la mesa que nos había traído la tía Olga. A la entrada del parque, que nosotros llamábamos el «jardín de atrás», había una fuente muy honda cubierta de losas de piedra y yo estaba convencida de que en ella se ocultaban tesoros de la época de la Guerra de los Treinta Años; lo mismo pensaba de los grandes jarrones que coronaban las dos columnas situadas en el portón de entrada a nuestra finca. Al final del jardín se alzaba el «castillo del aire», una torre de piedra de un solo piso. La parte de abajo estaba llena de muebles y herramientas de jardín,

arriba jugábamos los niños y asustábamos a las personas que venían de la estación y pasaban por allí.

A un lado de nuestra casa y por delante de las ventanas de la cocina y las habitaciones se extendía el pequeño jardín de flores. Lo más bonito de todo era el almendro cuando estaba en flor. Sobre la pequeña valla que rodeaba el jardincito solíamos sentarnos con la señora Wondrasch cuando la noche era cálida para que nos contara episodios de los tiempos pasados. Antes había estado sirviendo con los Eckstein y nos contaba historias de la infancia de algunas personas cuyos hijos se han convertido ya en ancianos.

Nuestra criada llevaba muchos años con nosotros: Kaiser-Mari y Marchet vinieron con nosotros desde Mirschikau. Mari padecía de una especie de chaladura médica; se sabía algunas revistas médicas de memoria palabra por palabra y se imaginaba enfermedades que desaparecían luego por sí solas. Cuando Marchet se casó y yo contaba catorce años llegó Leni. En la granja de Teinitz había también un «garage» en el que se reparaban máquinas de todas las explotaciones de la «compañía». El jefe de esa instalación era el señor Tichopad, un checo de talento polifacético procedente de la Silesia morava y que vino con nosotros a Canadá. Todos los que trabajaban en la granja se lo pasaban bien: el señor Tichopad, Ernst, su oficial alemán, su aprendiz Wenzel, el señor Zwetschkenbaum que, además de ejercer como rabino, era también nuestro contable, y Leni.

En una esquina de la granja había un pequeño establo en el que habían sido instalados los toros de la comunidad. Comoquiera que se traían vacas desde muy lejos para que las cubrieran mi madre consideró necesario levantar allí una pared de madera. Y también estaban allí las jaulas de los perros –nuestro último perro era un setter irlandés y se llamaba Troll–, la cámara fría para la leche, el retrete para los empleados, dos álamos, la bomba y la vivienda de los Wondrasch.

En cierta ocasión vino a vernos un hombre algo mayor ya y nos contó que venía de América y había vivido en nuestra casa antes de que la comprara mi abuelo. Lo dejamos pasear a solas por el huerto, él nos dio las gracias y se despidió y yo traté de imaginarme qué motivos podría haber para abandonar nuestra casa y el huerto. Más tarde, los nazis transformaron la casa en una dependencia administrativa y donde estaba el gran huerto hay ahora una vaquería de aspecto descuidado levantada también por los alemanes. No queda ya rastro alguno de nuestra presencia.

Todos nosotros –excepto tío Alois y tía Hedda que vivían en la zona cervecera de Saaz– formábamos parte de la comunidad judía de Bischofteinitz que contaba aproximadamente con doce familias. Exceptuando el Año Nuevo judío y la Festividad de las Expiaciones sólo acudíamos al

«templo» en los aniversarios –del día en que había muerto algún pariente cercano. Se trataba en realidad de una pequeña alcoba para orar situada en el primer piso de una casa de la Bräuhausgasse, en cuya planta baja habitaba la familia Klauber, la única familia judía realmente pobre, y el señor Zwetschkenbaum, nuestro rabino.

Pero más que a la comunidad judía, nosotros pertenecíamos a la burguesía germanoparlante de Teinitz. Casi todos los checos eran funcionarios, que habían emigrado hacía relativamente poco tiempo, y que tenían sus propios círculos. Pero no todos los funcionarios eran checos. Había también alemanes, empezando por el jefe de distrito, sin embargo esta coexistencia no desembocó hasta bien entrados los años treinta en ningún problema entre las nacionalidades. Mi padre se reunía a veces con algunos conocidos en la posada y mi madre con algunas «damas» en la confitería Jung, y todos, también los tíos y las tías que vivían en Hlas y Blisowa, iban en carnaval al baile de máscaras y al baile de los bomberos. Los parientes tenían gran importancia para mis padres. Las hermanas de mis padres que se habían casado y vivían lejos venían frecuentemente a nuestra casa con todas sus familias para pasar el verano. Pero también sus primos y primas, tías y tíos venían a visitarnos y en los tiempos de los nazis acudían también judíos procedentes de Alemania. Aparte de eso, mis padres mantenían relación con terratenientes judíos de toda la zona y con los Salzen, propietarios de una fábrica de ladrillos en Staab, en el camino que va a Pilsen. Su tío Artur Salz era el compañero de mi abuelo Richard Abeles cuando jugaba a las cartas durante sus estancias anuales en Karlsbad para tomar las aguas. Era profesor de Economía en Heidelberg y el único profesor en nuestro círculo de conocidos.

El mejor amigo de mi padre era Friedl Rudofsky, director de la Spar- und Vorschussvereins. Procedía de una de las familias burguesas más conspicuas de Teinitz que vivía allí desde el siglo diecisiete. Friedl demostró ser un auténtico amigo: cuando en 1938 nos vimos obligados a huir nos dio tanto dinero que pudimos vivir de él en Bohemia durante las semanas anteriores a la emigración y, por ejemplo, comprar los billetes de viaje. Tuvo que padecer durante años el acoso de la Gestapo por ello. La amistad se mantuvo también tras la guerra. Como la mayor parte de los alemanes, la familia de Friedl resultó desplazada. Cuando la miseria se abatió sobre Alemania, mi padre tuvo la ocasión de enviarle a él y a su familia *care-pakete* desde Canadá.

En 1927 ingresé en la escuela alemana para niñas. El día anterior estuve sentada en el jardín sobre el columpio compadeciéndome porque era mi último día de libertad. La señorita Quitterer, con cierto aire de solterona,

fue mi profesora a lo largo de los tres primeros años escolares. Tenía que dar clase a la vez a tres cursos. Mientras se ocupaba de uno, otro leía y el tercero hacía cálculo. Cada día yo me adelantaba mucho a los demás en el libro de lectura y no prestaba atención a lo que se comentaba. La señorita Quitterer solucionó mi –y su– problema haciéndome leer en voz alta o escribir en la pizarra un libro que nadie más de la clase tenía. Así tuve la oportunidad de enterarme de la historia de Teinitz desde la edad media y de algunas leyendas sobre el emperador José II.

Todas mis amigas eran cristianas pues no había casi familias judías de la edad de mis padres. La mayoría de los judíos de su generación estaban solteros, no tenían hijos o habían emigrado. Así pues, nunca llegué a tener compañeras judías en la escuela, sólo tuve una compañera judía en el instituto y durante poco tiempo. Los jueves no teníamos colegio pero a cambio, durante todos los años de colegio, tuve clases de religión. Eran impartidas por el señor Zwetschkenbaum para todos los niños judíos de Teinitz y los alrededores a la vez de modo que todos los años nos veíamos obligados a escuchar las mismas cosas. El señor Zwetschkenbaum había llegado en 1914, cuando tenía catorce años, huyendo desde Galitzia y fue el único que se quedó en Teinitz cuando los demás judíos de Galitzia regresaron a su tierra. Impresionaba a todos los que le conocían por su temperamento juicioso y enérgico. No podía vivir del sueldo que le pagaba la comunidad judía, de modo que se dedicaba también a comerciar con plumas para colchón y pieles que eran transformadas luego en cuero. El señor Zwetschkenbaum era, dejando a un lado a mi tía Sophie Popper, la única persona ortodoxa que conocíamos.

Siempre me ha gustado mucho leer y sin seguir ningún criterio claro. Al principio, ya en la escuela, eran historias caballerescas como Rosa von Tannenburg, Heinrich von Eichenfels y Genoveva. «Las más bellas leyendas de la Antigüedad clásica», de Gustav Schwab, era una de mis lecturas predilectas y nuestro padre solía leernos algún fragmento. Durante un tiempo me dediqué a leer a Karl May, y luego nuevamente novelas para chicas como «Trotzkopf» y «Nesthäkchen», la serie en diez volúmenes de Else Ury. Los libros del «Dr. Doolittle» estuvieron casi desde el principio en mi lista. Mi libro preferido era *Modche und Resi*, de Vojtěch Rakous, un autor judío checo que describía en su obra la vida de los judíos bohemios durante la segunda mitad del siglo diecinueve. Pese a toda su idealización ha seguido siendo mi libro favorito, del que me ocuparía más tarde desde una perspectiva científica. Lo que más me gustaba era leer en el jardín sentada en un manzano, donde no era fácil encontrarme.

ISBN 978-84-370-6739-1



9 788437 067391

## biografías

A Georg Iggers, hijo de un comerciante judío de Hamburgo, y Wilma Abeles, hija de un terrateniente judío de Bohemia, la vida les llevó a atravesar muchas fronteras. Para escapar de la persecución nacionalsocialista, ambos huyen con sus padres en 1938 a Norteamérica, donde se conocen. Desde entonces su vida es una empresa común poco habitual, como científicos de renombre internacional, como profesores universitarios y como defensores de los derechos humanos. Hasta hoy se han movido incansablemente entre América, Europa y Asia: enseñando, investigando, luchando por un mundo más justo. En las historias de las vidas de Georg y Wilma Iggers se refleja todo un siglo. Se cuentan entre los últimos representantes de una generación de académicos e intelectuales de formación europea que con sus vidas y su compromiso mantienen vivo el recuerdo de lo que los delirios ideológicos y la persecución han destruido de forma irreparable.